

La Revelación de Jesucristo - Número Dos

Nombres del pacto

Jeff Pippenger

2023-08-10

He incluido muchas cosas en los artículos anteriores en un intento de presentar algunos puntos de referencia básicos desde el principio. Ahora intentaré centrarme más en el tema que nos ocupa. Gracias por su paciencia.

Desde el principio mismo, Dios ha estado tratando de aumentar nuestra comprensión de quién es Él y qué es. En esa labor ha empleado varias técnicas para ayudar a los hombres a entender lo que de Él se ha revelado, y una de esas técnicas es su uso de "nombres", tanto los muchos nombres dados a Dios en las Escrituras como también los nombres dados a Sus representantes escogidos. Él elige representantes del mal y del bien.

Él también ha utilizado los cambios de dispensación de Su pueblo del pacto escogido para ampliar gradualmente, a lo largo de la historia, la comprensión de Su carácter. Por lo tanto, las historias de los cambios de dispensación del pacto, de diversas maneras, también dan testimonio de la exaltación de la verdad de Su carácter y Su naturaleza.

Si abordamos el capítulo uno de Apocalipsis como una introducción y una clave para los capítulos siguientes, encontramos ciertas verdades en el capítulo inicial que afectan al resto del libro. Una de esas verdades tiene que ver con quién es Jesucristo, y no simplemente con que Él es el Alfa y la Omega. Si una verdad se expone en el capítulo uno de Apocalipsis, con toda certeza es una verdad presente que pone a prueba a la generación final, siendo la generación final la "generación escogida" identificada por Pedro.

Uno de los atributos del carácter de Cristo que hemos estado explorando es que Cristo distingue el principio del fin. El tiempo cuando Cristo confirmó el pacto con muchos por una semana representa un cambio dispensacional del pacto, del Israel literal al Israel espiritual. Los cambios dispensacionales que se identifican en las Escrituras, los cuales todos señalan el aumento del conocimiento acerca del carácter y el ser de Cristo, son Abram, Isaac, Jacob, José, Moisés, Cristo, William Miller y los ciento cuarenta y cuatro mil. Hay otra línea de cambios dispensacionales que se superpone a esa línea y que identifica siete dispensaciones de la iglesia de Dios, representadas por las siete iglesias de Apocalipsis dos y tres, pero no las trataremos aún. Hubo un cambio dispensacional con Adán y Eva, representado por antes de su caída y después de su caída, y por supuesto un cambio de dispensaciones de antes del diluvio a después del diluvio en tiempos de Noé. Todas estas líneas contribuyen a la luz que estamos considerando, pero ahora nos estamos enfocando en el pueblo escogido.

Cuando Cristo comenzó su ministerio al comienzo de la semana del pacto, fue bautizado.

Y Jesús, cuando fue bautizado, salió enseguida del agua; y he aquí, los cielos se le abrieron, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y posarse sobre él. Y he aquí, una voz del cielo decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Mateo 3:16, 17.

Las primeras palabras de Dios, cuando Jesús salió del agua, iniciando así la semana del pacto, consistieron en el anuncio del Padre de que Jesús era el Hijo de Dios. Si entendemos la "regla de la primera mención", ese hecho es poderoso. Si no, no tanto.

En el principio Dios creó los cielos y la tierra. Y la tierra no tenía forma y estaba vacía; y las tinieblas cubrían la superficie del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Génesis 1:1, 2.

Como en Génesis, en la ceremonia de unción se identifican tres personas de la Deidad.

La verdad de que Jesús era el Hijo de Dios, el Hijo de David y el Hijo del Hombre inquietaba regularmente a los escribas y fariseos durante los siguientes tres años y medio. Jesús cambió proféticamente de Jesús a Jesucristo en su bautismo. Cuando Jesús fue bautizado, se convirtió en el "Cristo", que significa "ungido" y en hebreo es "Mesías". Y, por supuesto, los hebreos esperaban a un Mesías y sabían que sería el Hijo de David. Cuando fue "ungido" para comenzar los tres años y medio más sagrados de la historia de la Tierra, vio descender al Espíritu Santo y oyó a su Padre hablar.

Fue una ceremonia de unción muy profunda en la que el mensaje que se proclamó acerca de Él y de Su obra fue: "Él era el Hijo de Dios". Más alarmante para los judíos no era solo que Él fuera el Hijo de Dios, sino que afirmaba que, como Hijo de Dios, Él era en realidad Dios. ¡Los judíos no podían tolerar lo que entendían como semejante afirmación blasfema! El dilema para los judíos es el dilema de Abraham, pues Abraham fue el padre de los judíos, el padre del pacto y también el símbolo de la fe requerida para atenerse a los términos del pacto.

El ejemplo de Abraham de la fe necesaria para entrar en una relación de pacto con Dios requiere que tu fe sea puesta a prueba. La prueba de Abraham, que demostraría si su fe era real o mera presunción, se basaba en demostrar si obedecería la palabra de Dios, aun cuando pareciera contradecir la palabra anterior de Dios. Abraham sabía que el sacrificio humano era asesinato y que representaba las prácticas idólatras de los pueblos idólatras entre los que entonces vivía. Los escribas y fariseos sabían desde el inicio de su historia de pacto que Dios era un único Dios, y también sabían que Jesús afirmaba ser un segundo Dios. Estaban siendo puestos a prueba por última vez.

Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Deuteronomio 6:4.

En el relato en el que Moisés escribió el versículo anterior, Dios ya le había dicho a Moisés que, desde ese momento, Él debía ser conocido como Jehová. Ya no sería solamente el Señor Dios Todopoderoso, sino que, de allí en adelante, sería conocido como Jehová. En ese mismo relato, en el que Él además está profundizando la comprensión de Su carácter tal como lo representan Sus nombres, también está informando expresamente al antiguo Israel que Dios es un solo Dios. ¿Qué debían pensar los judíos de la época de Cristo?

Más adelante, en su ministerio, cuando alcanza su clímax con la Entrada Triunfal en Jerusalén, los judíos vuelven a quedarse atónitos de que Jesús permita que los niños canten alabanzas a Él.

Y las multitudes que iban delante y las que seguían clamaban, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Mateo 21:9.

De la letra de la canción, lo que volvió locos a los fariseos fue la parte que identificaba a Jesús como el Hijo de David y que además afirmaba que el Hijo de David era el nombre del Señor. Al comienzo de su ministerio, en la entrada triunfal y, por supuesto, en la cruz, la controversia incluye agitación en torno al nombre de Jesús.

Entonces los principales sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: No escribas: "El Rey de los judíos"; sino que él dijo: "Yo soy Rey de los judíos". Juan 19:21.

Por supuesto, habría sido esencialmente correcto que Pilato hubiera cambiado la inscripción para que dijera: "Yo soy, Rey de los Judíos", pues "Yo Soy" era el nombre con el que Jesús se designó a sí mismo repetidas veces. Por supuesto, aplicar esa lógica defectuosa para cambiar la Palabra de Dios, particularmente cuando se trata del relato de la cruz, es algo que los hombres nunca harían, ¿verdad? Jesús era el "Rey de los Judíos", pero también era "yo soy", así que la declaración "Yo soy, Rey de los Judíos" es exacta en cierto sentido, pero ese no es el punto.

Desde el principio, a lo largo del período intermedio y hasta el final de los tres años y medio, su nombre fue motivo de controversia. Hay muchas cosas que comprender acerca de la sucesión de nombres del pacto, pero aquí quiero mostrar que hubo una sacudida al final del antiguo Israel, en la iglesia judía, que tenía que ver con el nombre de Cristo. Como Hijo de David, él poseía las credenciales para ser el Mesías; como Hijo de Dios (en el sentido de ser también Dios), y como Hijo del Hombre, Jesús representó una prueba tremenda para el pueblo escogido. ¿Cómo podía este hombre afirmar que era Dios y también Hijo de Dios, cuando Moisés, al comienzo de la historia de su pacto, había sido tan específico respecto a que Dios es un solo Dios?

Sin embargo, ese era el propósito de que Cristo anduviera entre los hombres. Dios estaba en Él reconciliando a los hombres consigo mismo, y lo hacía permitiendo que los hombres vieran a Jesús, quien enseñó de manera clara y directa que, si lo has visto a Él, has visto al Padre. Esta historia representa el fin de Israel literal como pueblo escogido de Dios, y al principio hubo una controversia notable acerca de quién y qué es Dios.

Y Faraón dijo: ¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel. Éxodo 5:2.

El faraón no solo encarna el símbolo de la rebeldía atea contra el conocimiento de Dios, sino que también manifiesta la comprensión egipcia acerca del Dios de Abraham. Y repetidamente el Señor ha dicho que sus maravillas en Egipto fueron para que la humanidad supiera quién es él. La historia del inicio de Israel literal como pueblo escogido de Dios tipifica el fin.

En ambas historias hay una falta de comprensión acerca de quién y qué es Dios, lo cual está relacionado con sus diversos nombres; pero, más importante para nuestra consideración, es que la

historia de Cristo, al final de la condición de Israel como pueblo escogido, señala que una razón principal por la que los judíos tropezaron al aceptar a su Mesías fue que sabían, por la Palabra de Dios al comienzo de su historia de pacto, que Él era un solo Dios. ¡Qué dilema!

Y después de eso no se atrevieron a hacerle ninguna pregunta. Y les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? Y el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Así que David le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? Lucas 20:40-44.

Este es el período final de preguntas y respuestas para los judíos, pues después de esa interacción, "no se atrevieron a hacerle ninguna pregunta en absoluto". Acababa de responder la última pregunta de su ministerio para la casa perdida (y siempre hay una casa perdida en la narrativa profética), y luego plantea el tema de su nombre como "el Hijo de David", y por lo tanto como el Mesías. A lo largo de los tres años y medio, la controversia incluye sus diversos nombres, que representan su carácter y su naturaleza. Su nombre se aborda al principio, en su bautismo, y luego en su interacción final con la casa perdida en la entrada triunfal y en la cruz, entre otros pasajes de los evangelios.

Los fariseos se habían reunido en torno a Jesús mientras Él respondía a la pregunta del escriba. Entonces, volviéndose, les hizo una pregunta: "¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?" Esta pregunta tenía por objeto probar su creencia respecto del Mesías, para mostrar si lo consideraban simplemente un hombre o el Hijo de Dios. Un coro de voces respondió: "El Hijo de David". Este era el título que la profecía había dado al Mesías. Cuando Jesús reveló Su divinidad con Sus poderosos milagros, cuando sanó a los enfermos y resucitó a los muertos, la gente se preguntaba entre sí: "¿No es este el Hijo de David?" La mujer sirofenicia, el ciego Bartimeo y muchos otros le habían clamado pidiendo ayuda: "Ten misericordia de mí, oh Señor, Hijo de David". Mateo 15:22. Mientras entraba en Jerusalén montado, había sido aclamado con el gozoso grito: "¡Hosanna al Hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor". Mateo 21:9. Y aquel día los niños pequeños en el templo habían hecho eco de aquella gozosa aclamación. Pero muchos de los que llamaban a Jesús el Hijo de David no reconocían Su divinidad. No entendían que el Hijo de David era también el Hijo de Dios.

En respuesta a la afirmación de que Cristo era el Hijo de David, Jesús dijo: "¿Cómo, pues, David en el Espíritu [el Espíritu de inspiración de Dios] lo llama Señor, diciendo: El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si David, pues, lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?" Y nadie pudo responderle palabra alguna, ni se atrevió nadie desde aquel día en adelante a hacerle más preguntas. El deseo de las edades, 609.

Su unción como Mesías y su última interacción con aquellos a quienes vino a salvar giraron en torno a su divinidad, el simbolismo de sus nombres y, por supuesto, la regla de la primera mención. Jesús concluye su labor directa para los judíos usando la historia del David histórico para enseñar acerca del David espiritual. ¿Por qué comentaría David que el Señor le dice al Señor que se sienta en el trono junto a él? Porque el rey David al principio representa al rey David espiritual al final. La única manera de entender correctamente la declaración final de Jesús a la casa perdida era poder aplicar la regla de la primera mención, lo cual no puede hacerse si no conoces la regla.

Su declaración final a la casa perdida requería entender la regla de la primera mención para ser comprendida. Jesús usó a David y al hijo de David para presentar la verdad a la casa perdida en su declaración final. Después de todo, ellos habían sido la casa de David. Por lo tanto, Jesús tomó al padre (David) y lo volvió hacia el (Hijo de David), y también tomó al hijo (de David) y lo volvió hacia su padre (David). Volvió al Padre hacia el hijo, como se profetiza que hará el mensaje de Elías en los “últimos días”. Ese fue su mensaje final para el Israel antiguo literal, y fue un mensaje de Elías, pues se basaba en la regla de la primera mención. Por lo tanto, la regla de la primera mención también confirma el mensaje de Jesús como un mensaje de Elías, basado en la regla misma. La regla de la primera mención exige que, si el mensaje de Elías de Juan el Bautista fue el primero del último mensaje de advertencia para la casa perdida de Israel, entonces el mensaje final dado a ellos también sería el mensaje de Elías. Y así fue...

Dicho esto, ahora extraeré una conclusión de todo ello basada en la regla de la primera mención — el Alfa y la Omega. Hubo una controversia acerca de la comprensión de quién es Dios y qué es Dios al principio del Israel antiguo, que tipificó la misma controversia al final del Israel antiguo. Al final del Israel antiguo, la obra de Cristo incluía enseñar a la casa perdida de Israel quién es Dios y qué es Dios. En la historia del fin hubo una resistencia contra Cristo que se basaba en una verdad original que se había establecido al principio. El Israel espiritual moderno poseerá las mismas características proféticas en su historia.

Al comienzo del adventismo, los historiadores nos informan de que los milleritas estaban compuestos principalmente por dos denominaciones cristianas: la metodista y la Conexión Cristiana. Las creencias principales del metodismo se basaban en llevar una vida cristiana correcta. Tenían el "método". La creencia principal de la Conexión Cristiana podría resumirse como una oposición a la doctrina católica de la Trinidad.

Hasta donde ha llegado mi investigación, prácticamente todo el liderazgo de los Milleritas se adhería a esa doctrina de la Conexión Cristiana. Existen muchas ramas del Movimiento de Reforma Adventista del Séptimo Día (SDARM) que aún se adhieren y promueven la comprensión millerita original del "antitrinitarismo". Un dilema (y fuente de controversia en la actualidad) para quienes mantienen la comprensión pionera ha sido y siempre será cómo responder a los muchos y diversos pasajes en los que la hermana White se opone directamente a la posición doctrinal que ellos sostienen y promueven.

"Se me instruye a decir: No se debe confiar en las opiniones de quienes buscan ideas científicas avanzadas. Se hacen representaciones como las siguientes: 'El Padre es como la luz invisible; el Hijo es como la luz encarnada; el Espíritu es la luz derramada por doquier.' 'El Padre es como el rocío, vapor invisible; el Hijo es como el rocío recogido en hermosa forma; el Espíritu es como el rocío caído sobre la sede de la vida.' Otra representación: 'El Padre es como el vapor invisible; el Hijo es como la nube plomiza; el Espíritu es la lluvia caída y que obra con poder refrescante.'"

Todas estas representaciones espiritistas son simplemente nada. Son imperfectas, falsas. Debilitan y disminuyen la Majestad a la que ninguna semejanza terrenal puede compararse. Dios no puede compararse con las cosas que Sus manos han hecho. Estas no son más que cosas

terrenales, que sufren bajo la maldición de Dios a causa de los pecados del hombre. Al Padre no se le puede describir por medio de las cosas de la tierra. El Padre es toda la plenitud de la Deidad corporalmente, y es invisible a la vista mortal.

El Hijo es toda la plenitud de la Deidad manifestada. La Palabra de Dios declara que Él es 'la imagen exacta de su persona.' 'De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no perezca, sino que tenga vida eterna.' Aquí se muestra la personalidad del Padre.

El Consolador que Cristo prometió enviar después de ascender al cielo es el Espíritu en toda la plenitud de la Deidad, manifestando el poder de la gracia divina a todos los que reciben y creen en Cristo como Salvador personal. Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres grandes poderes -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo- los que reciben a Cristo por una fe viva son bautizados, y estos poderes cooperarán con los súbditos obedientes del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo. Testimonios Especiales, Serie B, número 7, 62, 63.

El pasaje identifica como "cosas de la tierra" los "sentimientos de aquellos" que estaban definiendo al Padre, al Hijo y al Espíritu. Luego dice: "El Padre no puede ser descrito por las cosas de la tierra." Obsérvense dos puntos que ella plantea, aunque uno podría sonar como una contradicción. Ella está señalando una descripción falsa de la Deidad que identifica tres dioses, por así decirlo. Es una descripción falsa de la Deidad, pero no hace ningún comentario sobre el hecho de que la definición falsa de la Deidad también es incorrecta porque tiene un número equivocado de dioses en la Deidad.

Fíjate también que ella dice que las cosas de la tierra no pueden usarse para describir al Padre. En esa misma afirmación, ella misma está usando las cosas de la tierra. Son los seres humanos los que tienen hijos y madres y padres y tías y primos. Y Jesús nos dice que en el cielo, en la tierra nueva, ya no habrá matrimonios, porque seremos como los ángeles. No hay ángeles masculinos y femeninos. Los términos que usan los seres humanos para definir sus relaciones entre sí han sido empleados por Dios para instruirnos acerca de Su naturaleza y carácter, pero incluso "las cosas de la tierra" que la inspiración ha empleado para instruir a los hombres acerca del carácter y la naturaleza de Dios son imperfectas.

Se nos ha informado de que «hay tres personas vivientes del trío celestial»... «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». Es una abominación atribuir sentimientos espiritistas terrenales a estas tres personas, pero no es una abominación asociar «el nombre de estos tres grandes poderes» a la definición bíblica de la Divinidad.

La profetisa dice que "el nombre" de los tres grandes poderes que componen la Deidad es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Como ocurre con toda verdad bíblica, cuando se reúne línea sobre línea, el testimonio completo debe constar de cada hito que ha sido revelado. Los testimonios de los profetas deben combinarse. Daniel da el nombre de Palmoni a Cristo (entre otros nombres, pero esto es solo un ejemplo). Juan lo llama el Alfa y la Omega y Moisés lo llama Jehová. Según Elena de White, su nombre es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Satanás está . . . constantemente introduciendo lo espurio, para apartar de la verdad. El último engaño de Satanás será dejar sin efecto el testimonio del Espíritu de Dios. 'Donde no hay visión, el pueblo perece' (Proverbios 29:18). Satanás obrará con ingenio, de diferentes maneras y por medio de diferentes agencias, para hacer vacilar la confianza del pueblo remanente de Dios en el verdadero testimonio.

Se encenderá un odio satánico contra los Testimonios. La obra de Satanás consistirá en socavar la fe de las iglesias en ellos, por esta razón: Satanás no puede tener un camino tan despejado para introducir sus engaños y atar a las almas en sus ilusiones si se atienden las advertencias, reprensiones y consejos del Espíritu de Dios. Mensajes Selectos, libro 1, 48.

Un breve comentario al margen de este pasaje. Juan ha sido desterrado a Patmos por causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Hay dos públicos objetivo para el mensaje del tercer ángel: los que están fuera del Adventismo y los que están dentro del Adventismo. Juan representa a un adventista que no solo está siendo perseguido por el mundo debido a su obediencia a la Biblia, sino que también está siendo perseguido por su obediencia a los escritos del Espíritu de Profecía. La persecución que se dirige contra el Espíritu de Profecía proviene desde dentro, no desde fuera.

En los comienzos del antiguo Israel, después de cuatrocientos años en Egipto, quienes habían de ser el pueblo del pacto escogido ya no guardaban el sábado. No conocían el carácter ni la naturaleza de Cristo. Mantenían malentendidos acerca de Dios que habían asimilado durante el cautiverio. Las diez plagas; la liberación en el Mar Rojo; el maná del cielo; el santuario y todos sus enseres; las ceremonias sagradas; el atrio, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo; la ley de Dios; la Roca que los seguía; el agua que salió de la Roca que los seguía e incluso la serpiente en el asta, todo ello tenía el propósito de acrecentar el conocimiento de Dios en su pueblo escogido. Fue una educación progresiva. Esa educación progresiva continuó hasta que los escribas "no se atrevieron a hacerle más preguntas" y entonces Él identificó el último tema que tendrían en una discusión abierta con Él, y tenía que ver con el nombre de David y con quién y qué es Cristo.

Al comienzo del Israel espiritual moderno, después de 1260 años en la Babilonia espiritual, aquellos que debían ser el pueblo del pacto escogido ya no guardaban el sábado. No conocían el carácter ni la naturaleza de Cristo. Sostenían malentendidos acerca de Dios que habían adquirido mientras estaban en cautiverio. La historia del adventismo, con todos sus hitos, apostasías, concesiones y luchas internas, llegó a un punto en la década de 1880, cuando se publicó *The Desire of Ages*. En ese libro, en la página 671, queda plasmado un entendimiento de la Deidad que se ha desarrollado mucho más allá del entendimiento que provenía del siglo XVIII.

El Israel antiguo tuvo, al final de su historia, una controversia provocada por una comprensión limitada de la Deidad, basada en un entendimiento derivado de sus comienzos históricos. El testimonio de Jesús dice que, sea el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, todos son "la plenitud de la Deidad corporalmente" (Colosenses 2:9). El testimonio bíblico dice: "Oye, Israel: el Señor nuestro Dios es un solo Señor" (Deuteronomio 6:4).

El Israel moderno sostiene una variedad de ideas acerca de la Deidad, y solo una es correcta. Al final del Israel moderno, Dios culminará la obra de revelar Su carácter, haciéndolo mientras se

prolonga el tiempo de prueba. Eso es lo que hizo con los judíos, y Él nunca cambia. Es seguro que seguiremos creciendo en nuestra comprensión de la naturaleza y el carácter de Dios por toda la eternidad, pero ha habido una línea profética intencional de la verdad que demuestra los esfuerzos de Dios por educar a Su pueblo acerca de Sí mismo, y esa historia forma parte de la educación que Él procura impartir ahora, y la información que se halla en la palabra profética respecto de ese proceso educativo identifica un final de la discusión que corresponde al cierre del tiempo de prueba.

"Cristo es el Hijo de Dios preexistente y autoexistente.... Al hablar de su preexistencia, Cristo lleva el pensamiento a través de edades sin fecha. Nos asegura que nunca hubo un tiempo en que Él no estuviera en estrecha comunión con el Dios eterno. Aquel cuya voz escuchaban entonces los judíos había estado con Dios como quien se crió con Él." Señales de los Tiempos, 29 de agosto de 1900.

Él era igual a Dios, infinito y omnipotente.... Él es el Hijo eterno y autoexistente.

Mientras que la Palabra de Dios habla de la humanidad de Cristo cuando estuvo en esta tierra, también habla claramente acerca de Su preexistencia. La Palabra existía como un ser divino, como el eterno Hijo de Dios, en unión y unidad con Su Padre. Desde la eternidad fue el Mediador del pacto, aquel en quien todas las naciones de la tierra, tanto judíos como gentiles, si lo aceptaban, habían de ser bendecidas. 'La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.' Antes de que los hombres o los ángeles fueran creados, la Palabra estaba con Dios, y era Dios. Review and Herald, 5 de abril de 1906.

En el pasaje, ella cita las primerísimas palabras de Juan.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de él; y sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho. Juan 1:1-3.

Al principio había al menos dos dioses, pues Juan acaba de decir: «La Palabra era Dios y estaba con Dios». En el primer versículo de Génesis la palabra hebrea «Elohim» se traduce como Dios. A menudo, en la palabra de Dios, «Elohim» se coloca en una estructura gramatical para identificar a un Dios singular, pero, no obstante, es un plural. Juan elimina la consideración de que «Elohim» en el versículo sea un Dios singular con su segundo testimonio sobre el tema. Su testimonio establece que hay al menos dos dioses.

Más preocupante para los antitrinitarios que profesan defender el Espíritu de Profecía es que, en el principio, “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. ¿El “Espíritu” que se movía sobre el agua es el Padre o el Hijo, o era la tercera persona del trío celestial, como lo llama la hermana White? Los tres primeros versículos de Juan en su evangelio van seguidos por estas palabras.

En él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en las tinieblas; y las tinieblas no la comprendieron. Juan 1:4, 5.

La referencia a la luz y la oscuridad concuerda plenamente con el comienzo del Génesis, que dice.

Y dijo Dios: Sea la luz; y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena, y separó Dios la luz de las tinieblas. Génesis 1:3, 4.

Volveremos en breve a estos dos pasajes paralelos sobre la luz, que es el tema en el relato de la creación que sigue tras la introducción de la Deidad. Al principio, la primera verdad que se aborda es la composición o la naturaleza de la Deidad. Pero el pasaje no se detiene hasta el capítulo dos, versículo tres, donde encontramos que las tres últimas palabras del relato de la creación comienzan con las tres letras hebreas que, juntas, forman la palabra traducida como "verdad".

El comienzo del relato de la creación presenta a la Deidad, luego expone el poder creador de Su palabra, y concluye el pasaje con una firma divina que representa la verdad, el mensaje del tercer ángel y el nombre de Dios tal como lo representan Alfa y Omega.

Y en el séptimo día Dios terminó la obra que había hecho; y reposó en el séptimo día de toda la obra que había hecho. Y Dios bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él había reposado de toda su obra que Dios creó e hizo. Génesis 2:2, 3.

El final de las primeras verdades enseñadas en la Palabra de Dios constituye el clímax del pasaje. Termina con las tres palabras "Dios", "creó" y "hizo", enfatizando así el comienzo del pasaje, pero, igual de importante, subrayando el sábado del séptimo día. El sábado, por supuesto, es el símbolo de la creación y la señal entre Dios y su pueblo escogido. La "verdad" está representada en las tres letras iniciales de cada una de esas tres últimas palabras de la creación. El testimonio subraya cuán significativa e importante es la verdad del sábado, pero no menos profundo es que esas tres letras también representan los tres pasos de los mensajes del primer, segundo y tercer ángel. Así, en el primer pasaje de la Biblia, el sábado, como señal del poder creador de Dios, también se identifica como el asunto de prueba al final del tiempo. El último libro de la Biblia aporta un tercer testigo para acompañar el testimonio de Juan en su evangelio.

Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, de parte del que es, y que era, y que ha de venir; y de los siete Espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sean la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes; y todo ojo le verá, y también los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán por causa de él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

Yo, Juan, que soy también vuestro hermano y compañero en la tribulación, y en el reino y la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; y: Lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia; a Éfeso, y a Esmirna, y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardis, y a Filadelfia, y a Laodicea. Apocalipsis 1:4-11.

Los tres primeros versículos de Apocalipsis, capítulo uno, identifican el mensaje final de advertencia y cómo ese mensaje es transmitido de parte de Dios a la humanidad. También afirma

que es el Apocalipsis de Jesucristo, marcando así una distinción entre el libro de Apocalipsis y el libro de Daniel. Uno es una profecía; el otro, una revelación.

En el Apocalipsis todos los libros de la Biblia se encuentran y concluyen. Aquí está el complemento del libro de Daniel. Uno es profecía; el otro, revelación. El libro que fue sellado no es el Apocalipsis, sino esa porción de la profecía de Daniel que se refiere a los últimos días. El ángel ordenó: 'Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin'. Daniel 12:4. Hechos de los Apóstoles, 585.

En el libro de Apocalipsis hay líneas de profecía que deben ser reconocidas y reunidas, línea sobre línea. Todas esas líneas proféticas culminan en el libro de Apocalipsis, pero el libro que fue sellado no fue el de Apocalipsis, y no fue simplemente el libro de Daniel el que fue sellado, sino que lo que fue sellado en el libro de Daniel fue "esa porción de la profecía de Daniel relativa a los últimos días".

Los "últimos días" pueden entenderse en un sentido general, pero comprenderlos como palabras inspiradas (que lo son) requiere que también evaluemos si la expresión "últimos días" tiene un simbolismo profético asociado. Los "últimos días" son un período específico de la historia profética que cuenta con muchas líneas de apoyo. Espero exponer esa historia en un futuro cercano. Es específicamente la historia desde 1798 hasta el cierre del tiempo de prueba. Una manera de reconocer esto es que en el servicio literal del santuario había un día del año que representaba el juicio, y ese era el Día de la Expiación. Esa ceremonia literal tipificaba lo que la hermana White llama el Día de la Expiación antitípico. El Día de la Expiación profético o espiritual representa los "últimos días" del tiempo de prueba; representa el período del juicio final.

La profecía en Daniel que fue sellada tenía dos aspectos. Había una profecía relacionada con los últimos días que los milleritas reconocieron, la cual anunciaba la apertura del juicio. Ese pasaje de Daniel está representado por la visión del río Ulai de los capítulos ocho y nueve. La otra profecía que fue sellada en Daniel anuncia el cierre del juicio, y el fin del adventismo, y el fin de los Estados Unidos, y el fin del mundo. Esa visión fue representada por el río Hiddekel.

La luz que Daniel recibió de Dios fue dada especialmente para estos últimos días. Las visiones que vio a orillas del Ulai y del Hidekel, los grandes ríos de Sinar, están ahora en proceso de cumplimiento, y todos los acontecimientos predichos pronto se cumplirán. Testimonios para los Ministros, 112, 113.

La visión del Ulai fue desellada en 1798 y se ocupa del santuario de Dios y de su pueblo. La visión del Hiddekel fue desellada en 1989 cuando, como se describe en Daniel once, versículo cuarenta, los países que representaban a la ex Unión Soviética fueron barridos por el papado y los Estados Unidos, y se ocupa de los enemigos del pueblo de Dios. Las dos visiones funcionan como las siete iglesias y los siete sellos en el libro de Apocalipsis. Una es la historia interna de la iglesia y la otra es la historia externa de la iglesia, y ambas abarcan en su totalidad y son "especialmente para" "estos últimos días."

Pero aunque se nos dice que el libro del Apocalipsis no es el libro sellado, también se nos dice que es un libro sellado.

"Apocalipsis es un libro sellado, pero también un libro abierto. Registra acontecimientos maravillosos que han de tener lugar en los últimos días de la historia de esta tierra. Las enseñanzas de este libro son definidas, no místicas ni ininteligibles. En él se retoma la misma línea de profecía que en Daniel. Dios ha repetido algunas profecías, mostrando así que debe dárseles importancia. El Señor no repite cosas que no tienen gran importancia." Manuscript Releases, volumen 9, 8.

El libro de Apocalipsis está desellado porque las profecías de Daniel están deselladas, y las mismas líneas proféticas que han sido deselladas en Daniel son las que se encuentran en Apocalipsis. Lo que estaba sellado en el libro de Apocalipsis era una porción de Apocalipsis especialmente relacionada con el pueblo de Dios en los "últimos días". Cuando la hermana White escribió esta declaración, los "siete truenos" estaban, en el momento en que lo escribió, sellados, por lo que ella escribió que "es un libro sellado". Ella también dijo que el libro de Daniel era el "libro que fue sellado", en tiempo pasado. Para ella, había sido desellado en 1798.

Lo que se selló con respecto a los siete truenos durante su vida no consistía simplemente en los eventos futuros representados por los siete truenos, sino principalmente en que los «siete truenos» significan que el comienzo del adventismo guarda paralelismo con el fin del adventismo. Los «siete truenos» revelan la regla profética más importante necesaria para entender el Apocalipsis de Jesucristo, y al mismo tiempo revelan un atributo de la naturaleza y el carácter de Dios: que Él es el principio y el fin de todas las cosas. La profecía señala que existe un desarrollo intencional de las verdades vinculadas a la naturaleza y al carácter de Dios.

Jesús, cuando es representado como el "León de la tribu de Judá", está simbolizando la obra que Él realiza al revelar la verdad de manera paulatina y sistemática a lo largo de la historia. Él sella la palabra profética, hasta el momento en que ha de ser comprendida. Él sella y abre la verdad con el propósito de instruir. Como Palmoni, Jesús es el Maravilloso Numerador, el Maestro del tiempo que controla Su historia. Como Alfa y Omega, Él es, entre otras cosas, el Maestro del lenguaje. Como el León de la tribu de Judá, Él es quien controla cuándo se revela la verdad a los hombres.

En Apocalipsis capítulo uno, después de los tres primeros versículos, la Deidad se presenta como tres entidades distintas.

Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros,

de aquel que es, y que era, y que ha de venir;

y de los siete espíritus que están delante de su trono;

Y de Jesucristo, quien es el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el príncipe de los reyes de la tierra. Apocalipsis 1:4, 5.

La introducción del último libro de la Biblia envía claramente un saludo a la iglesia de Dios que identifica al Padre, al Espíritu y al Hijo. El final de la Palabra de Dios repite el comienzo, y al hacerlo enfatiza la importancia de la correcta comprensión de la Deidad. Lo hace para aquellos que serán filadelfianos y compondrán los ciento cuarenta y cuatro mil. Ellos son el pueblo del pacto final, que han sido tipificados a lo largo de las líneas de la historia del pacto. Esos testigos, entre

otras verdades, establecen que Dios ha estado buscando aumentar de manera gradual el conocimiento de Su naturaleza y carácter a lo largo de la historia profética.

El mayor símbolo en la Biblia de la falta de conocimiento de Dios por parte del hombre fue el faraón, quien representaba a Egipto, un símbolo de todo el mundo y por lo tanto de toda la humanidad. Ese hito inicia el proceso al comienzo del Israel literal, donde Dios buscaba dar a conocer su nombre. Al final del Israel literal, se repitió la controversia sobre el nombre de Dios. Al final del Israel literal, Jesús señaló su interacción con los judíos al identificar la historia de David y usar "la regla de la primera mención" para representar la declaración final con respecto a la ceguera laodicense de los judíos. No podían entender lo que él decía, porque no conocían la regla de Alfa y Omega, ni conocían al Alfa y la Omega que estaba delante de ellos.

Al comienzo del Israel espiritual, la controversia prefigurada en la historia de Moisés encuentra su paralelo. A medida que el Adventismo ha recorrido la historia de "los últimos días", se han dado muchas oportunidades para comprender más de Alfa y Omega, como ocurrió con el antiguo Israel. Llegará un momento en que ya no se harán más preguntas al final del Adventismo, como ocurrió en los días de Cristo.

Volviendo al pasaje en Apocalipsis capítulo uno, vemos que la gracia y la paz son enviadas de parte de aquel que es, que era y que ha de venir, y también de los siete Espíritus y también de Jesús. La Deidad está representada como Jesús, los siete Espíritus y aquel que es, que era y que ha de venir, lo que nos permite saber que es el Padre quien posee las características representadas como el que es, era y ha de venir. Estas características representan la naturaleza eterna de Dios. Él siempre ha existido, y en los versículos ocho y nueve ese mismo atributo se asigna claramente a Jesús.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, y que era, y que ha de venir, el Todopoderoso. Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, y en el reino y la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea. Apocalipsis 1:8-11.

Aquellos que tienen una Biblia que imprime las palabras de Jesús en color rojo, saben que en los versículos ocho y once es Jesús quien está hablando. En esos versículos, Jesús afirma que posee la misma naturaleza eterna que el Padre al identificarse como "el Señor, el que es, y el que era, y el que ha de venir", y también añade que Él es "el Todopoderoso".

Lo primero que Jesús dice al comienzo del libro de Apocalipsis, el libro que se identifica como la Revelación de Jesucristo, es que Él es el Alfa y la Omega, que Él también es eterno como lo es el Padre y que Él también es Dios Todopoderoso. Los atributos de la naturaleza de Dios son las primeras palabras de Jesús en el libro de Apocalipsis. Esos atributos son tropiezos directos para los adventistas que aún defienden la posición original sobre la Deidad. Ellos creen que hubo un tiempo en que el Padre engendró a su Hijo.

El final del libro del Apocalipsis coincide con el principio del libro del Apocalipsis.

La Segunda Venida sigue a la descripción de la Divinidad. En el capítulo veintidós encontramos que el final del libro concuerda con el comienzo del libro, y el versículo doce se corresponde con el versículo siete del capítulo uno al referirse a la Segunda Venida.

Y he aquí, vengo pronto; y mi recompensa conmigo, para dar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad. Porque fuera están los perros, y los hechiceros, y los fornicarios, y los homicidas, y los idólatras, y todo aquel que ama y practica la mentira. Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida. Apocalipsis 22:12-17.

Después de referirse a la Segunda Venida, Jesús, tal como en el capítulo uno de Apocalipsis, se identifica como el Alfa y la Omega. Luego añade la distinción entre quienes oirían y quienes no oirían lo que el Espíritu dijo a las iglesias. Hace referencia al proceso de comunicación ilustrado en los versículos del uno al tres del capítulo uno, al señalar que envió a Gabriel con el mensaje a Juan.

Luego Él vuelve a la declaración final que hizo a los escribas y fariseos al final del antiguo Israel. Él une ambos finales del Israel literal y del espiritual, al responder en Apocalipsis, para los que están en los "últimos días", lo que los judíos en sus "últimos días" no pudieron entender. Dice que Él es la raíz (principio) y la descendencia (fin) de David. El asunto de David y su Señor fue la última declaración que Jesús hizo a los judíos contenciosos, y tipifica el pronunciamiento final para aquellos en los últimos días que, según el mensaje a la iglesia de Filadelfia, se dicen ser judíos, pero no lo son.

He aquí, yo haré que los de la sinagoga de Satanás, que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, haré que vengan y se postren ante tus pies, y sepan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación, que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que habitan sobre la tierra. Apocalipsis 3:9, 10.

Los que adoran a los pies de los santos son adventistas laodicenses que han sido vomitados de la boca del Señor.

Piensas que los que adoran ante los pies del santo (Apocalipsis 3:9) al fin serán salvos. Aquí debo discrepar contigo; porque Dios me mostró que esta clase eran adventistas profesos, que habían apostatado y 'crucificaban de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y lo exponían a vergüenza pública.' Y en la 'hora de tentación', que aún ha de venir, para mostrar el verdadero carácter de cada uno, sabrán que están perdidos para siempre; y, abrumados por angustia de espíritu, se postrarán a los pies del santo. Palabra al pequeño rebaño, 12.

Según la Biblia y el Espíritu de Profecía, los que se postran a los pies de los santos son miembros de la sinagoga de Satanás. Dicen ser judíos, pero no lo son. El mensaje a la iglesia de Filadelfia se dirige a los adventistas justos. Los ciento cuarenta y cuatro mil son de Filadelfia, y los que dicen ser judíos, pero no lo son, son laodicenses. Hay dos clases de fieles en los "últimos días": los ciento cuarenta y cuatro mil y los que son mártires. Solo hay dos iglesias de las siete que carecen de toda crítica. Una es Filadelfia, que representa a los que nunca mueren, y la otra es Esmirna, que representa a los mártires fieles. Los mártires y los que no mueren, Esmirna y Filadelfia, son las únicas iglesias de las siete sin reprensión en el mensaje que recibieron. Sin embargo, ambas iglesias tuvieron que lidiar con los que afirmaban ser judíos, pero no lo eran. Esto es así, porque todos son miembros de la misma iglesia en los "últimos días", afrontando las mismas circunstancias: una clase destinada a testificar con su sangre, representada por Moisés en el Monte de la Transfiguración, y la otra clase representada por Elías, que nunca murió.

Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: Esto dice el primero y el último, el que estuvo muerto y vive: Yo conozco tus obras, y tu tribulación y tu pobreza (pero eres rico), y conozco la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas nada de lo que vas a padecer; he aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados; y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. Apocalipsis 2:8-10.

Al describir Jesús las graves circunstancias de la iglesia de Esmirna, hace solo un comentario positivo cuando dice: "pero tú eres rico", contrastándolos así con los miembros de la sinagoga de Satanás que no son ricos. Aquellos en el Apocalipsis que son adventistas y piensan que son ricos, y no lo son, son los judíos que dicen ser judíos, y no lo son, porque son Adventistas del Séptimo Día laodicenses.

Al comienzo de Apocalipsis, la Deidad se presenta como tres personas y, al final del libro de Apocalipsis, se menciona directamente a Jesús y al Espíritu, pero no al Padre. No importa, porque el principio de "línea sobre línea", junto con el hecho de que lo primero ilustra lo último, exige que se reconozca al Padre en los últimos versículos de Apocalipsis, pues ya se le identifica como estando allí en los primeros versículos. No es diferente del evangelio de Juan, capítulo uno, donde Juan no identifica directamente al Espíritu, pero se entiende que el Espíritu está allí, porque el Espíritu estuvo allí la primera vez que se escribió la expresión "en el principio". El testimonio del evangelio de Juan en el capítulo uno comienza con la misma frase "en el principio".

El "principio" es un símbolo profético y debe evaluarse conforme a reglas proféticas, incluida la de "línea sobre línea". El "principio" de Moisés es el "principio" del evangelio de Juan; es el principio del libro de Apocalipsis y también es el final de Apocalipsis. De esas cuatro líneas, en dos se identifican las tres personas del trío celestial, y en una línea (el evangelio de Juan) podría faltar el Espíritu y en la cuarta línea falta el Padre, pero al juntarlas las tres Personas Divinas están representadas en las cuatro líneas.

Cristo vino para dar a conocer al Padre, y el Espíritu Santo vino para dar a conocer al Hijo. Los tres hicieron sacrificios eternos. El Padre amó tanto al mundo que entregó a Jesús; Jesús amó tanto al

mundo que aceptó tomar sobre sí, por la eternidad, la carne de aquellos a quienes había creado. ¿Qué clase de entrega representa el acto del Creador al elegir convertirse en parte de su creación? La tercera Persona de la Deidad se dio a sí misma, pues ha aceptado el papel de vivir dentro de la entidad creada llamada humanidad, por toda la eternidad.

Es probablemente por esta razón que el Espíritu Santo se asocia repetidamente con símbolos del pueblo de Dios. Él es la Persona de la Divinidad que ha de morar con la creación humana. Por lo tanto, los símbolos del Espíritu Santo en las Escrituras se representan, la mayoría de las veces, mediante un símbolo que representa ya al Espíritu Santo, ya a la humanidad. Al principio, el Espíritu se movía sobre las aguas.

Y me dijo: Las aguas que viste, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. Apocalipsis 17:15.

La única pieza del mobiliario en el santuario erigido por Moisés que no tenía un modelo específicamente detallado para que los obreros lo siguieran fue el candelero de siete brazos. El candelero representa la combinación de la humanidad con la divinidad. Por esta razón, el diseño del candelero fue el único elemento del santuario dejado a la contribución humana. Los siete candeleros entre los que Cristo camina se identifican como las siete iglesias; sin embargo, el candelero era alimentado con aceite, que representa al Espíritu Santo, y las mechas de las velas que sostenían la llama para dar luz se hacían con las vestiduras de lino blanco gastadas de los sacerdotes, representando la justicia de Cristo que brilla como la luz del mundo. El pueblo de Dios es la luz del mundo, pero esa luz solo es alimentada por el aceite del Espíritu Santo. La descripción del Espíritu Santo en las Escrituras a menudo lo asocia con personas.

Y del trono procedían relámpagos, truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios. Apocalipsis 4:5.

Siete lámparas son aquí identificadas como los "siete Espíritus de Dios", sin embargo, se nos dice que los siete candelabros son las siete iglesias.

El misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha, y de los siete candeleros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que viste son las siete iglesias. Apocalipsis 1:20.

Los siete candelabros son tanto los siete Espíritus como la iglesia de Dios.

Y miré, y he aquí, en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Apocalipsis 5:6.

Los siete cuernos y los siete ojos son también el Espíritu Santo, que es enviado a toda la tierra; y, cuando es bautizado, un cristiano es enviado a toda la tierra, pues fue bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En la bendición pronunciada sobre los mártires de la crisis de la ley dominical, y sobre todos los que murieron en la fe en el Israel espiritual moderno desde 1844, es el Espíritu quien pronuncia el elogio fúnebre en sus entierros cuando Él declara: "Sí", "descansarán de sus labores", porque Él estuvo allí durante sus labores hasta que entregaron sus

vidas.

Y oí una voz del cielo que me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor de aquí en adelante. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos; y sus obras los siguen. Apocalipsis 14:13.

Al considerar el final y el comienzo del libro de Apocalipsis, el comienzo de la Biblia y el comienzo del evangelio de Juan, vemos que están representadas las tres Personas de la Deidad, aunque el Padre está allí según la aplicación de "línea sobre línea". El Hijo está allí identificándose como el Alfa y la Omega.

Si reconocemos que la combinación de la humanidad con la divinidad es una combinación del Espíritu Santo y del género humano, entonces podemos entender por qué los símbolos del Espíritu Santo van ligados a los símbolos del género humano. Con esta perspectiva en mente, volvemos a los dos «en el principio» que hemos estado abordando tan a menudo.

En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Y la tierra estaba sin forma y vacía; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Haya luz; y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y Dios separó la luz de las tinieblas. Génesis 1:1-4.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él no se hizo nada de lo que ha sido hecho. En él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas; y las tinieblas no la comprendieron. Juan 1:1-5.

Usando estos dos testigos de "en el principio", Dios, el Verbo, que hizo todas las cosas, también entregó su vida, porque "en él estaba la vida", y su vida era la "luz" de los hombres. La "luz" de un hombre creado es la justicia del Creador. La justicia del Creador es la mecha en las velas del santuario.

Y le fue concedido vestirse de lino fino, limpio y blanco; porque el lino fino es la justicia de los santos. Apocalipsis 19:18.

El aceite que alimenta la mecha representa la actividad del Espíritu Santo en la vida del creyente. Al principio la tierra estaba en tinieblas y no había luz. Entonces Jesús dio su vida, la vida que estaba en Él, para que hubiera luz para los hombres.

Y lo adorarán todos los que habitan en la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Apocalipsis 13:8.

Cuando Jesús eligió ser un sacrificio por la humanidad, Él dio su vida para que los hombres tuvieran luz. Como es el caso en estos dos pasajes, siempre que se introduce la luz, esta produce dos clases de adoradores, representadas por la luz y las tinieblas: los hijos del día o los hijos de la noche.

Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de luz, e hijos del día: no somos de la noche ni de las tinieblas. 1

Tesalonicenses 5:4, 5.

Cuando reconocemos la estrecha relación eterna que el Espíritu Santo tiene con los hijos del día, podemos entender por qué los símbolos tanto de los hijos de Dios como del Espíritu Santo están tan estrechamente relacionados. En el último pasaje de Apocalipsis, vemos a Jesús como el Alfa y la Omega, vemos al Padre mediante la aplicación de línea sobre línea, y el Espíritu Santo está ofreciendo Su representación simbólica final de Sí mismo, pues los santos hombres de antaño hablaron siendo movidos por el Espíritu Santo. Su primera declaración acerca de Sí mismo en Génesis lo identifica moviéndose sobre las aguas, o moviéndose sobre la humanidad, y Su última referencia a Sí mismo es la siguiente.

Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida. Apocalipsis 22:17.

De principio a fin, el Espíritu Santo se presenta asociado con la humanidad, pues los hijos del día representan una combinación de divinidad y humanidad. Pablo señala, como también Isaías, que los hombres son vasos, y los candelabros en el santuario tenían vasos donde se colocaba la mecha, y el aceite descendía a los vasos para suministrar el combustible necesario para manifestar la luz que es la justicia de Cristo. Somos los vasos del Espíritu Santo, la tercera Persona de la Deidad, tal como se identifica desde el principio hasta el fin de la Palabra de Dios, y como se identifica claramente en los escritos del Espíritu de Profecía.

En el mensaje del segundo ángel, que se cumplió al comienzo del Adventismo y al final, hay dos mensajes distintos; uno para la iglesia y otro para el mundo.